EL VERANO DE LA SERPIENTE

Cecilia Eudave

A Carmen Herrero Alemany, eterna
Para Carmen Alemany Bay, por seguir, por resistir una dolencia de melancolía por la ausencia del aire de su viento

I.

El año de 1977 fue insólito, lo supe desde antes del verano porque en Miami nevó por primera y única vez. Ese acontecimiento se ancló en mi cabeza, quizá la culpa la tuvo Consuelo, quien llamó a mi madre lanzando gritos e improperios: «Fui buscando sol y me tocó nieve», repetía una y otra vez. Mi padre vociferó: «Esos gringos, con tanta bomba nuclear que explotan en el desierto de Nevada, están cambiando el clima, ¿qué esperaba yéndose allá? Para playas bonitas las del Caribe mexicano». Cruzó los brazos ensombrecido y advirtió que si se interrumpía la comunicación ni se le ocurriera devolverle la llamada. Mamá asintió con la cabeza, mientras le recomendó a su amiga tomar un Valium, comprar un abrigo y disfrutar del inusual clima. Eso lo tengo muy presente porque papá se enfadó desde temprano al leer en el periódico que los Estados Unidos preparaban el lanzamiento del trasbordador Enterprise: «No pudieron escoger otro nombre, caray, a joderme el recuerdo de la serie». A él nunca le cayeron bien los yankees, decía que tenían por consigna conquistar el espacio, acabar con los recursos de otros planetas y disparar proyectiles atómicos a diestra y siniestra. «Los conozco bien, hija, ellos solo se quieren a sí mismos». Él estuvo del otro lado, antes de casarse con mamá, estudiando

una maestría en traducción. Cuando regresó jamás quiso hablar de su estancia en suelo estadounidense, se trajo de allá una cicatriz en el hombro izquierdo y un pesado resentimiento.

Sé que fue un año inolvidable porque en el mundo iban pasando o pasarían otras cosas: el Pompidou se inauguró en París, se firmó la carta 77 en Praga reclamando derechos humanos y civiles; se sacudió la tierra en Rumania matando a mucha gente, Augusto Pinochet disolvió los partidos políticos en Chile para asentar su dictadura; las Madres de la Plaza de Mayo iniciaron su primera marcha frente a la Casa Rosada, Yubuti se independizaba de Francia –¿dónde queda Yubuti?–, y atraparon al asesino serial apodado «El hijo de Sam». Murió Elvis Presley, y en homenaje sentido a su insigne hijo, comentó con sarcasmo mi padre, U.S.A. revienta otra bomba atómica, la Scupper; poco después lanzaría el Voyager 2. Se estrenó *La guerra de las galaxias*, y aunque en ese mismo año se llevó a la pantalla *Suspiria* de Darío Argento y *Eraserhead* de David Lynch, mi hermana Ana y yo fuimos condenadas a las premier de *Bernardo y Bianca, los rescatadores* y *Encuentros cercanos del tercer tipo*.

Se le confería por fin la soberanía a Panamá sobre ese canal que siempre debió ser suyo, al tiempo que Pelé jugaba su último partido en el New York Cosmos. Mi padre se negó a ver, escuchar o leer cualquier cosa sobre el asunto: «¿Por qué retirarse ahí?, ¿por qué?»; herido por ello guardó su colección de estampas del Mundial del 70. Le reconfortó la aparición del nuevo disco de David Bowie, Héroes, el avión supersónico Concorde y el Atari 2600. En otra parte del planeta los países africanos siguieron en batallas con sus respectivas masacres, como si la erupción del Nyiragongo fuera una señal o un permiso para derramar más sangre. ¿Quién dijo que todo tiempo pasado fue

mejor? Muere Charlie Chaplin en este futuro «moderno» y, como un preludio de su despedida, los gringos detonan otra bomba, la Rib. ¿Aquí? Sale a la luz el Plan Nacional de Planificación Familiar, porque ya éramos muchos y muy violentos.

Y mientras el mundo se caía o se caería a pedazos, yo ajena a lo que sucedía me encontraba en la feria de la parroquia de San Antonio, aterrada, en primera fila, presenciando el espectáculo de la muchacha serpiente. Atónita, sin importarme nada más que la tragedia de una pobre chica que fue transformada en culebra por desobedecer a sus padres, por no escuchar consejos ni estudiar, por huir de casa y desear. Yo todavía era una niña y lejos estaba de imaginar que aquella cabeza humana de adolescente, de la que se desprendía a la altura de la nuca un cuerpo de víbora de cartón piedra mal hecho, recubierto de pieles de muda de serpientes varias, castigada por mala, era una invención, un truco barato para asustar. O, quizá, porque la maldad es barata y todos la compran.

Pese a las risas o la incredulidad de muchos de los asistentes, yo me atrapé en esos ojos agotados, tristes de repetir la historia, real o ficticia, de una muchacha que se arrastra por el mundo enroscándose en su malignidad. Al finalizar sus confesiones lloró. Su llanto, ahora que lo recuerdo, parecía grabado y salido de unas bocinas reventadas por el uso. Sin embargo, a mí me parecía tan verdadero como esa lágrima que brotó de su rostro justo antes de que dos hombres salieran, de atrás de unos cortinajes color café con ribetes de un dorado deslucido, a tapar con una manta de motivos tropicales la caja de cristal donde ella se retorcía sin mucho ritmo.

Me descubrí arrollada por el triste relato de esa jovencita que una mañana fue conducida hacia las sombras. Mis emocio-

nes iban y venían en el mismo zigzag oscilante que su cuerpo de serpiente hasta que un tercer sujeto de aspecto desagradable, desaliñado, nos invitó con micrófono en mano a pasar a la otra sección de la carpa a conocer los reptiles de la zona y a comprar, si queríamos, un presagio, al parecer la muchacha también era pitonisa.

Sin soltar la mano de papá recorrí con poco entusiasmo ese salón vetusto, olía a aserrín sucio, a sudor, a humedad. Ana, por el contrario, salió del letargo que mostró durante el espectáculo y con desbordada emoción pegaba su cara a las vitrinas hipnotizada por aquellas criaturas. Las escasas peceras contenían una «exótica» colección que apenas contaba con un par de tarántulas, un coralillo, un escorpión negro, una cascabel y una pequeña cobra. Esta parecía, a diferencia del resto de sus compañeras, la más joven o la menos exhibida, se agitaba nerviosa.

—Se violentan porque quieren morder, esparcir su veneno. Se agitan en deseo, es su naturaleza.

—Qué veneno va a tener esa culebra —gritó un espectador.

El hombre del micrófono se arremangó la camisa, buscó un vasito que tenía próximo a la pecera.

—Verá usted —y antes de hacerlo sentenció dramáticamente—, si hay gente sensible tapen sus ojos o salgan de la carpa, no soy responsable de lo que pueda suceder.

Nosotros nos quedamos, el resto del público también, siempre ha podido más el morbo que el temor. Después de tantear a la cobra, de azuzarla, se irguió y mostró su magnificencia. El hombre retiró su mano asustado:

—Está muy brava, hoy no es un buen día. Se percibió el desencanto general, el mío era mayor, me hubiera gustado observar en vivo cómo extraían el veneno blanco y espeso; también

que Lola, la novia del tío Carlos, estuviera ahí explicándonos con detalle la vida de esos reptiles. Ana le pidió a papá que diéramos otra vuelta para ver más de cerca la cobra que seguía enfadada, con la cabeza en alto y balanceándose amenazante.

—Esta es bonita, me gusta más que la que tiene sonaja. ¿Me la compras?

—Las serpientes no son mascotas.

—Monika tiene una boa, por qué yo no puedo tener una chiquita como esta.

—Porque no y punto.

—¿La puedo acariciar?

—¿No oíste que es venenosísima? —Ana iba a comenzar un berrinche, mi padre la cortó en seco—. ¿Quieres una víbora o subirte a los juegos?

Mi hermana lo pensó unos segundos y eligió los juegos mecánicos. De a poco abandonamos el lugar. Antes de salir estaban vendiendo los presagios, descubrían la caja donde guardaban a la muchacha, y esta, al mirarte a los ojos, te ofrecía un mensaje del futuro. Le supliqué a mi padre con todas mis fuerzas que me comprara uno:

—Por favor, por favor.

—Que no, Maricarmen, nadie sabe el futuro.

—Por favor, por favor, y ya no me subo a los juegos.

Pagó. Me percibió emocionada y no quiso cortarme esa ilusión. La chica movía la cabeza de un lado a otro observándome, demoró más que con los otros. Me sentí especial, como si una conexión hubiese crecido entre nosotras. Me sonrió, entornó los ojos hasta que le quedaron blancos y recibí mi augurio:

—Ve más allá de lo visible, déjate guiar por los ojos de la serpiente.

Papá y el señor desaliñado del micrófono se desconcertaron un poco.

—¿Eso qué es? —reclamó enojado.

El hombre sacudió la vitrina con violencia:

—Dale un bonito mensaje del futuro a la niña. La muchacha serpiente se negó y yo no sabía qué hacer con esa frase más parecida a una sentencia que a una premonición. Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando el hombre pateó con fuerza la caja, ¿por qué la maltrataba? La chica por primera vez se asustó, nosotras también.

—Que le des otro —disculpándose—. Estas criaturas del demonio a veces nomás responden así, a puro golpe —se agachó y le lanzó una mirada furiosa, después se dirigió a nosotros—. He visto en sus ojos que tendrás un verano lleno de sorpresas —me tomó del brazo, me acercó al vidrio que la contenía—. Fíjate bien en las pupilas de la serpiente, eso auguran.

Apreté la mano de mi padre, asustada:

—Mejor nos vamos.

—Como quiera, pero no le devuelvo su dinero.

Salimos. Yo quedé unos segundos aferrada a un sentimiento que no entendí, ni he olvidado tampoco, hasta que mi hermana burlona habló:

—Te quedaste sin subir a los juegos.

Mi padre siempre fue muy riguroso con sus normas, sus principios y fiel a sus desprecios, sin embargo se compadeció y me dio una moneda para comprar un dulce de algodón, aclarando con ello que no iba a subir al carrusel ni a dispararle a los patos, había preferido un augurio. De regreso, pasé por la carpa de la muchacha serpiente. Estaban cerrando, recogiendo las sillas, asegurando las lonas. Cuánta tristeza me daba imaginarla den-

tro de su caja de cristal sin poder ir a ninguna parte, cubierta día y noche con un pedazo de tela con motivos amazónicos que solo se retiraba para las funciones. Ese hombre despreciable la trataría mal, tal vez jamás ha probado otra cosa que roedores, arañas, sapos o trozos de carne. Miré mi algodón de dulce y por un momento pensé en dárselo, en ser su amiga, porque yo sentí que una conexión especial creció entre nosotras.

Arrastrada por la pena me escabullí, llegué hasta la parte trasera. Descubrí una camper estacionada y pude distinguir la cabeza de la chica serpiente en una de las ventanas. Respiré aliviada, por lo menos no dormía en esa caja de cristal, un infierno húmedo y atroz durante el verano. No eran tan malos con ella, supuse. Quise aproximarme un poco más, cerciorarme de su estado, pero me detuvo un grito imperativo, violento: «Ven aquí, animal del demonio». Reconocí la voz del hombre desaliñado de la carpa. Me llené de espanto y presencié cómo tomaba con fuerza la cabeza de la muchacha serpiente, al hacerlo pude distinguir también medio cuerpo, que descubierto de las pieles escamosas, desnudo, se parecía al mío. ¿Cómo era posible? Paralizada o desconcertada, una cosa lleva a la otra, observé cómo se agitaba frenética siguiendo, supuse yo, el ritmo de una danza reptilesca, iba hacia delante, hacia atrás. Yo solo podía distinguirla de la cintura para arriba mientras escuchaba los jadeos del hombre desaliñado, jadeos sumándose a un «Sí, así, sí, sigue, buena chica…». Di un paso hacia atrás, tiré unos botes de basura en mi intento de huir y el ruido estrepitoso me expuso. El algodón de dulce cayó al suelo al tiempo que ella me clavó su mirada vacía mientras lanzaba un grito que no era de espanto y entornaba los ojos hasta quedar en blanco como si fuera a lanzarme otro presagio o una sentencia.

II.

No sé qué hicimos para merecernos una fantasma. Cada uno de nosotros ha reflexionado, no pocas veces, cómo la adquirimos, por qué se pegó a esta familia y nos siguió a todas partes. Fue agotador. Al principio no entendíamos muy bien su naturaleza, porque no siempre estuvo con nosotros y porque no somos expertos en fantasmas. Apareció de pronto, sin motivo aparente, asustada y dispersa. Si era inevitable tenerla, nos hubiera gustado elegir el espíritu de alguna vieja casona, de esos que arrastran cadenas, se lamentan hasta el infinito, trituran la razón por las noches erizando las conciencias mientras van dejando, a veces, una estela de hedor taciturno al que uno llega a acostumbrase; tal vez estaríamos conformes si únicamente moviera cosas o las ocultara. Incluso nos enteramos de que algunos solo aparecen en las fotos familiares porque les gusta figurar, son vanidosos y es una manera de encajar con las personas, con el tiempo.

No, nuestra fantasma no era así.

Si bien parecía insidiosa, rayando en impertinente, para fortuna nuestra descansaba por las mañanas. Cinco o seis ho-

ras matinales eran un intenso oasis temporal aprovechado al máximo. Durante ese lapso nuestra cotidianidad transcurría serena, nos despejábamos el sueño y nos preparábamos para ir a trabajar o al colegio. Nos gustaba demorarnos en nuestro aseo personal, cocinar de manera elaborada el desayuno. El buen humor nos invadía, nos gastábamos bromas, reíamos y reíamos. Otras veces, comentábamos nuestro enfado, orillados por las desveladas involuntarias a las que éramos sujetos porque a la fantasma, de vez en vez, le gustaba sentarse al borde de las camas y contarnos sus relatos.

Desde que inició con esta elaborada forma de tortura fantasmal, debíamos ponerle sobrada atención o se montaba en una cólera incomprensible. Como si quisiera advertirnos de alguna tragedia dejaba caer esa mirada que se sabe en otra parte y nos absorbía por completo. Siempre creímos que, aunque habita este plano dimensional, poseía la habilidad de estar en varios a la vez y desde ahí narraba. No le gustaba que interrumpiéramos su soliloquio, tarea difícil, porque en ocasiones sus historias resultaban muy elaboradas y necesitábamos que nos proporcionara detalles fundamentales. Era pura ambigüedad arrojándonos al borde del miedo o de la frustración. Hasta ahora seguimos recordando cuando nos contó la historia acerca del hombre que colgaba a su perro: el fox terrier con los ojos bien abiertos, su cuerpo pendía del árbol sujeto a la correa atada con rigor a una de las ramas. El collar apretaba su cuello y lo hacia levantar la cabeza para no asfixiarse. Las patas delanteras y traseras inmóviles para mantener el equilibrio. Él, de pie, inmutable, fumando un cigarro, observándolo. Daba caladas profundas, sacaba el humo que iba directamente a parar a la cara del animal que al sentir el contacto se agitaba un poco. Parecía

tenerlo controlado. Siempre igual, siete de la tarde, todos los días, salvo los domingos, el hombre regordete con cara de niño simplemente se deleitaba torturándolo…

En el momento más álgido de la narración se detenía y se marchaba dejándonos sin desenlace. Desesperados, carcomidos por escuchar el final, íbamos detrás de la fantasma, si la suerte nos favorecía la encontrábamos, pero ya no hablaba, se había mimetizado con una silla, con un ropero o con una lámpara. Al más pequeño de nosotros le encantaba su capacidad de mutación. Nos comentó años después que en ningún lugar del mundo sintió más paz que cuando se sentaba sobre las piernas de la fantasma y apoyaba la cabeza sobre su pecho.

Sí, nuestra fantasma era dulcemente camaleónica, a veces.

Nos hubiera encantado un espectro convencional, la verdad, de esos que salen en las películas: llamas a algún experto y te los sacas de encima. Acá vinieron varios, muchísimos, cargados de esperanzas, de promesas, de liberación. Lo único que consiguieron fue alborotarle la impotencia o las ganas de deambular a cualquier hora. Incluso llegamos a descubrirnos por las mañanas algunos moratones o arañazos. El mayor de nosotros fue presa constante de sus cóleras, pero era el más fuerte también; nunca nos comentó en el desayuno la naturaleza de un ojo morado, se curaba solo los rasguños de la espalda que parecían lenguas de algún látigo maldito. Nos extrañó este cambio de comportamiento porque los fantasmas aterrorizan, mas son etéreos, no tienen manera de asirnos, traspasan paredes, levitan, susurran al oído sentencias terribles, son agresivos, nos quieren enloquecer, no sabíamos de su capacidad de

maltrato. O lo suponíamos, hemos dicho que no somos expertos en fantasmas. «Se molesta porque habla y no la comprendemos, ¿quién sabe qué querrá decirnos?», lo creímos posible y seguimos con nuestras vidas. Nos convencieron de que a veces a los aparecidos les viene bien cambiar de aire para bajarles la furia. Atendiendo a esta recomendación, nuestro padre decidió vender la casa de toda la vida y llevarnos a otra por el bien de la familia. Fue ardua la búsqueda, debemos admitirlo. Queríamos una casona vieja, húmeda, oscura y llena de fantasmas, del tipo que fueran –con el tiempo, si te mereces uno como la nuestra, te vuelves poco exigente– con tal de que estuviera en compañía, se distrajera, se relajara. Secretamente nos esperanzamos en que si confraternizaba con otros de su misma naturaleza se mantendría al margen y quizá hasta contenta.

No, nunca sonreía.

Nos mudamos a una finca inmensa situada en la colonia Moderna, en la calle Francia, justo en la esquina frente a una rotonda pequeña con una enorme palmera en el centro. Recordamos que cuando la vimos nos sorprendió porque las otras cuatro casas que la antecedían del lado izquierdo de la calle pertenecían a otra época, de los años cuarenta o cincuenta tal vez, y la de nosotros era un caserón salido de una historia inconclusa de finales del XIX. Una propiedad cuya arquitectura se resolvía en triángulo, a la que siempre le daba el sol, llena de ventanales por ambos lados, con jardines exteriores rodeándola, con la fachada blanca y con los ribetes de las ventanas en un azul ultramar muy sobrio. Era señorial, triste, perturbadora, aun así nos acogió con displicencia, incluso a la fantasma. ¿El

interior? Desalentador y ambiguo, no podríamos decir ahora con certeza lo que despertaba en nosotros. A pesar de la cantidad de ventanas era tenebrosa, la luz entraba como espada que se clava en el mismo lugar debilitando el piso y nuestro ánimo.

¿Fantasmas?

Solo la nuestra y el rumor de que una boa andaba suelta por la cuadra. Para el verano lluvioso, caliente y escamoso de 1977, nosotros ya vivíamos en la calle Francia, íbamos a la parroquia de San Antonio, nos hicimos amigos de los pocos niños que habitaban esa zona de la colonia y continuamos nuestras vidas sin saber por qué nos merecimos una fantasma.

Sí, qué más da, la quisimos, la querremos, y aunque no podamos llamarla mamá, porque la nuestra murió hace mucho tiempo, sigue siendo, de alguna u otra forma, nuestra.

III.

Con los ojos fijos en el techo pensó: la atracción de los sexos empieza a manifestarse en el grupo de los gusanos. Se levantó despacio de la cama, quedando al borde del sueño y la vigilia. Sentado en el vilo del despertar, le costó trabajo ponerse de pie, la pereza se la trajo consigo, no la pudo abandonar en la cama. Esa desidia que se le enrosca en el cuerpo como un hábito inapelable. Miró el reloj, y como de costumbre, se despertó tres minutos antes de que sonara la alarma. Durmió mal, siempre es igual, los nervios lo carcomen al inicio de un curso nuevo. Se miró en el espejo, repasó la frase con la que recibió la mañana, perfecta elección, un buen inicio para atrapar las mentes morbosas de los muchachos que se habían inscrito esperando mejorar la nota del semestre. Dos meses yendo tres veces a la semana a enseñar biología no era el mejor plan del verano.

Por la ventana del baño observó el cielo encapotado, llovería sin parar, por lo menos la mitad de la mañana; después, el calor sofocante a la carga quitándoles las ganas de estudiar a sus alumnos. No debería olvidar el paraguas. Con cierto temor, volvió a mirar el cielo, esta vez se detuvo en la enorme antena roja y blanca del canal 4. Desde su habitación, en la azotea, que era el cuarto de servicio de la casa de su hermana Sonia,

la mole de hierro se erguía imponente y amenazadora. «Ojalá no se nos venga encima; si hay un terremoto como el de Rumania, seguro cae de este lado. La odio». Para colmar su angustia se imaginó bajando las escaleras a toda velocidad intentando ganarle a los primeros movimientos telúricos y sacar de la casa a Maricarmen y a Ana. Él las salvaría, es rápido, tiene buenos reflejos y sabe actuar bajo circunstancias extremas. Si han de sufrir una desgracia de esa magnitud, él es la mejor opción de rescate, porque para cuando su cuñado Esteban se percatara de la catástrofe, siempre encerrado en su estudio, sus sobrinas yacerían bajo una viga o atrapadas entre los escombros.

Salió del baño, se sacudió los malos pensamientos, observó su cama, se le antojó volver a la seguridad de su reino lleno de ácaros y bacterias, repleto de minúsculos seres que lo devoran día a día con un amor complementario e infinito en su ciclo reproductor. Sí –se dijo bajito–, Rostand, como tantos otros, no pueden estar equivocados: el amor en su aspecto más elemental se relaciona con la ingesta de alimentos, se trata de una especie de hambre común a todo ser viviente, dirigida hacia su semejante que no es del todo idéntico y que le ofrece la misteriosa sugestión de lo desconocido. Celebró su buena memoria, esa capacidad suya de impresionar a sus colegas con frases y citas sacadas de los lugares menos sospechados o más inadvertidos. Su fértil imaginación se deslizaba con naturalidad en sus clases provocando admiración entre los estudiantes de primer semestre. Se reconoció capaz de reproducir cualquier teoría pero, más aún, de innovarla. Sin embargo, eso no le valió de nada, no logró aprobar el examen con suficiente nota e iniciar la especialidad en Biología evolutiva. Le faltó ser convencional, el traje del éxito de todas las